

paseado por las calles de la capital mexicana. Los más fuertes cargos contra el general francés se comunicaron en cartas procedentes de Orizaba, algunas de ellas publicadas en España tratándole aun de cobarde, se le acusaba de que teniendo todos los medios para tomar á Puebla, había pedido refuerzos del todo inútiles; se le criticaba que pasara el tiempo en comidas y bailes, también el que hubiera abandonado á Tampico y Jalapa, comprometiendo á los que allí habían abrazado la causa de la Intervención, lo cual argüía en contra de las dotes diplomáticas de Forey. Fould, ministro de hacienda francés, se espantaba de lo que á sus cálculos excedían las libranzas que Forey giraba contra el tesoro francés. Los folletos sobre el asunto mexicano llovían, lamentando tanto dinero tan mal gastado y tanta sangre inútilmente derramada.

Forey esperaba la caída de Puebla de un momento á otro. En efecto, dificultades de distintos géneros vinieron á ser el resultado de la pérdida de las manzanas mandadas por Sánchez Román en la línea de los generales Berriozábal y Díaz. En esas circunstancias presentáronse sin previa citación, en palacio, los generales Berriozábal, Negrete, Antillón y La Llave, y estaban ya en la oficina del cuartel-maestre los generales Mendoza, Paz, Mejía y Díaz, siendo de notar que este último solamente visitaba al cuartel general cuando lo llevaba algún negocio de mucha importancia, relativo á la línea que defendía. A poco se presentó también el coronel Auza, llamó aparte al general en jefe y reservadamente le manifestó que aquella reunión tenía por objeto proponerle el abandono de la plaza, y que en caso de no admitir pedirían su baja en el ejército los generales que mandaban divisiones; que éstos querían que el Sr. Auza hiciese lo mismo, pero no accedió; dijo que cumplía solamente con un encargo de los generales al tratar ese asunto y que deseaba que el general en jefe resolviera lo que fuese más conveniente al honor de las armas nacionales.

En seguida expresó el general Mejía cuáles eran los deseos de los generales que se hallaban presentes, sosteniendo lo mismo que poco antes dijera el Sr. Auza. El general en jefe contestó con vehemencia, demostrando lo inconveniente y deshonoroso que sería para la Nación, tomar la medida propuesta; procuraron los generales persuadirle de lo contrario, tomando la palabra alternativamente los señores Berriozábal, Negrete, Antillón, La Llave y Díaz, que apoyaron sus proposiciones en argumentos vertidos con el mismo calor y vehemencia que había empleado el Sr. G. Ortega; sostuvieron que para salvar la Independencia de la República y las instituciones democráticas, era necesario salvar el ejército de Oriente.

Aseguró el Sr. G. Ortega en el parte oficial rendido al gobierno acerca del sitio de Puebla, que tan sólo por la categoría de las personas con quienes hablaba y por la situación especial de la plaza que exigía gran prudencia, se prestó á aquella junta. Contestó los argumentos que le pusieron, diciendo que no había recibido más consigna del supremo gobierno, que defender la ciudad de Zaragoza; por consiguiente, la obligación que tenía como soldado, así como todos los demás, era luchar por las instituciones é Independencia de la República, obedeciendo las órdenes

del gobierno, único que tenía poderes legítimos de la Nación para salvar como lo creyera conveniente, aquellos caros principios. Objetáronle que ya no podía continuar la defensa de la plaza, porque estaba tan desmoralizada la tropa, que se desbandaría en la noche ó al día siguiente. Replicó el jefe de la plaza: que la conducta observada por los defensores, tan llenos de entusiasmo, de entereza y vigor, no indicaba el grado de desmoralización en que decían los generales se encontraba la tropa; pero aun cuando fuese de otra manera, él permanecería siempre en la plaza porque este era su deber, y en el remotísimo caso de que la tropa se desbandara, la nación no vería en ello más que una acción ejecutada y motivada por algunos de sus malos hijos, que afortunadamente no los había entre los defensores de la plaza; pero nunca un paso dado é iniciado por sus generales. Repitió que no se separaría de la consigna que tenía recibida y que separarse de ella sería contraer inmensa responsabilidad que jamás aceptaría; expresó que llenaría ese su deber, fueran cuales fuesen las dificultades y tropiezos con que tuviera que luchar, tanto más cuanto que, al cumplir tal deber satisfacía los sentimientos de su corazón: si él fuera Presidente de la República, dispondría que el ejército de Oriente se sacrificara de un modo nuevo y heroico, para demostrar á la Europa y al mundo que el pueblo mexicano, tan noble como el más noble de la tierra, poseía grandes y elevadas virtudes que injustamente le negaban las otras Naciones; y más dignos se presentarían los milicianos que mandaba y más respetable la nación ante el ejército francés, sacrificándose aquellos en aras de la obediencia y del deber sagrado, que abandonando la plaza extemporáneamente, hecho que podría atribuirse á vergonzosa fuga y más cuando no había una razón imperiosísima que justificase tal medida.

Continuó larga y acalorada la discusión y se amplificaron los argumentos referidos, agregando á lo dicho, el general Antillón: "que el cuerpo de ejército no estaba en la obligación de hacer un sacrificio inútil," el general Berriozábal: "que temía y quería evitar que los franceses hicieran prisionero al cuerpo del ejército y los males que á esto se seguirían, porque puestos en poder de Márquez los elementos físicos con que se contaba, equivaldría ello á la destrucción de los pueblos de la República;" ofreció al general G. Ortega su firma y las de los demás generales, para que descansando en ellas pudiese salvar su responsabilidad ante el gobierno de la República y ante la Nación. El general Negrete quería: "que si no se podían aceptar las indicaciones hechas, se diera una batalla campal, para salir de una ú otra manera, de la plaza." El general La Llave: "que la marcha natural del sitio, aun cuando no tomaran la plaza los franceses, iba conduciendo necesariamente á una capitulación, y que tanto él como sus compañeros, estaban resueltos á no celebrarla." Se dijo también: que ya no había víveres para las tropas, siendo insignificantes los que se proporcionaban de casas particulares, é insuficientes para conservar la robustez y el brío del soldado, precisamente cuando se hallaba la tropa debilitada por los trabajos tan activos á que estaba dedicada durante el día y la noche y por las fatigas incesantes de la lucha. Los generales

agregaron: que las indicaciones que habían hecho al general en jefe, llevaban por objeto salvar la responsabilidad que tenían ante la Nación. El general en jefe repitió sus argumentos é hizo advertir á los generales, que la calificación de si era ó no inútil la defensa de la plaza, no estaba sujeta á los generales que mandaban divisiones, sino al gobierno en primer término y al general en jefe en segundo, y que ni uno ni otro habían juzgado hasta entonces inútil el sacrificio de las tropas, si á ese sacrificio los conducían los azares de la guerra. Además, siendo todos los pueblos muy celosos de su honra, el de México vería con más satisfacción y orgullo hecho pedazos el cuerpo de ejército, por el hambre, la fatiga y las balas, y aun en poder del ejército francés cumpliendo sus deberes, que no abandonando una plaza cuya defensa se le había confiado, cuando todavía contaba con algunos elementos de vida y con el valor de sus defensores; si ese sacrificio, impuesto por la Nación á sus hombres de armas, era obligatorio al subalterno y al soldado, venía á serlo por doble motivo á las personas condecoradas con distintivos que no se concedían á todos. Entre otras muchas razones expuestas, figura la de que no era necesario sacrificar el honor para que no cayeran las armas en poder de Márquez, pudiendo evitarlo por medios que no fueran los de la fuga; rechazó las firmas ofrecidas ateniéndose nada más á su conciencia y á las instrucciones que había recibido del gobierno; calificó una batalla campal de medida inconveniente, no siendo posible darla, puesto que el ejército francés estaba perfectamente atrincherado en sus paralelas artilladas, en las manzanas que ocupaba á orillas de la ciudad y en otra porción de obras de contravalación, en consecuencia la plaza caería en poder de los sitiadores al instante en que salieran de ella los que la defendían, aunque fuera á corta distancia.

Estaba resuelto el general en jefe á romper el sitio y abrir paso al ejército sitiado, cuando se hubieran consumido de una manera absoluta los viveres y municiones de que disponía la plaza; así quedaría satisfecho ante la historia y la conciencia pública el noble orgullo del pueblo mexicano. A semejanza de los generales que pedían la salida, jamás admitiría González Ortega una capitulación, ni la propondría tampoco. No había que admirarse de los sufrimientos que se soportaban, porque todos los pueblos que habían conquistado una página brillante en la Historia, habían pasado por las rudas y terribles pruebas que estaba resistiendo el ejército de Oriente. En cuanto á la responsabilidad á que se referían los generales, les dijo: "que no tenían otra que la de darle su opinión cuando se las pidiera pelear como lo estaban haciendo, obedecer las órdenes del cuartel general, porque dar otro paso cualquiera era precisamente contraer una responsabilidad, faltando á los preceptos de la subordinación debida como soldados; era presentar dificultades á cada momento y con perjuicio de la Nación al general en jefe, y hacer que se relajara hasta cierto punto la que éste tenía ante el gobierno y la del gobierno ante la Nación;" agregó el Sr. González Ortega: que estaba convencido de que la plaza se perdería más tarde ó más temprano, atendiendo al estado de aislamiento en que se hallaba, y á los viveres y municiones que tenía en sus al-

macenes; pero que también lo estaba de que la pérdida no sería sino de una manera honrosa, quedando la ciudad convertida en un montón de escombros; todavía posesionados sus defensores de los fuertes y edificios, dirían á los franceses al llegar ese caso: "La necesidad marcó el hasta aquí á la defensa de Puebla, dueños los mexicanos de la plaza te la entregan, cuando ya no tienen viveres para comer ni municiones para combatir."

A pesar de aquella elocuente peroración, los generales insistieron aunque de una manera débil, en sostener las proposiciones que habían hecho, teniendo que cortar la discusión el general en jefe al decir de una manera concluyente: que el ejército de Oriente no saldría de la plaza, fueran cuales fuesen las exigencias que se presentaran, al menos que una orden del gobierno lo previniera de un modo terminante, ó en caso de que concluidas absolutamente las municiones de boca y guerra en los almacenes y casas particulares, lo que acontecería bien pronto, tuviese necesidad de romper el sitio. "Si los señores generales tienen la conciencia de la bondad suprema de lo que proponen y de los bienes que esto debía traer á la Nación, acepten sobre si toda la responsabilidad, levanten una acta en que desconozcan al general en jefe, en cuyo caso quedará el mando en manos del Sr. general Mendoza, su segundo como cuartel maestro, ó en las del general que se crea conveniente."

Esta última medida propuesta por el general en jefe para que sus opositores realizaran los proyectos que habían iniciado, fué desechada, en primer lugar por el general Berriozábal. El general Mendoza manifestó: que no tomaría el mando del cuerpo de ejército de Oriente, aun cuando se lo dijieran todos los generales y aunque para ello se levantara cien actas, pues como soldado quería que cada cual llenara su deber en el puesto en que lo habían colocado la Nación, el gobierno y la ley, y que él estaba en su lugar creyendo que así llenaba sus deberes. El general La Llave dijo: "yo y mis compañeros teníamos la resolución de hacer ante el Sr. general en jefe, renuncia del mando que obtenemos en el cuerpo de ejército de Oriente, caso de que no admitiera nuestras proposiciones;" pero el tono con que se expresó parecía más bien una noticia para descargarse de sus compromisos y no una petición que fuera el resultado de alguna resolución tomada. La Junta se disolvió después de haber encarecido y recomendado el general en jefe á los generales, en nombre de la Patria, la necesidad que había de que todos trabajasen unidos y de conformidad para realizar el programa que les había propuesto, como medio de salvar el honor de las armas mexicanas, y más cuando la responsabilidad de llevar á cabo ese programa, pesaba única y exclusivamente sobre el general en jefe. El coronel Auza no tomó parte en la discusión, así como tampoco los generales Mendoza y Paz, quienes confidencialmente manifestaron al general en jefe, que pensaban de la misma manera que él, y aprobaban su plan en todas sus partes, no como soldados, pues bajo este aspecto solamente tenían que obedecer, sino como ciudadanos, creyendo que de la realización del plan dependía la salvación del honor nacional. De igual manera se expresó el general D. Ignacio Me-

jía, agregando "que esa manifestación no la habían hecho en el seno de la Junta, porque no querían con su parecer agitar los ánimos, sino guardar silencio para que la razón ejerciera su imperio." Todo lo que había ocurrido, esto es, las pretensiones de los generales citados y la respuesta y determinación tomada por el general en jefe, fué puesto en conocimiento del gobierno de la República, el cual aprobó plenamente la conducta seguida por el Sr. González Ortega, en honrosa comunicación que le dirigió el Ministerio de la Guerra.

Para investigar el estado moral de la tropa, consultó el general en jefe, usando de prudencia y sin revelar nada de lo pasado en la Junta, con los generales Lamadrid, Régules, Hinojosa, Ghilardi, García, Gayosso, Escobedo, Cosío, Mora, Riosco, Prieto y Salazar, así como con los coroneles Febles, Palacios, Zamacona, Ramírez, Garza, Camacho, Cepeda, Balcázar, Sánchez Román, Herrera y Cairo, López (D. Juan), Loaeza, Smith, Aranda y Alatorre (D. Ignacio), también se dirigió á otros muchos jefes y oficiales, y por los informes recibidos de todos, vino en conocimiento de que la moral y el brío de los soldados se hallaban en un estado muy distinto del que le habían descrito los que deseaban que la plaza fuera evacuada.

Entretanto continuaron por una y otra parte, con toda actividad los trabajos de zapa, en los días 22, 23 y 24 de Abril; los fuegos, con algunas alternativas, seguían también con la misma energía que los días anteriores; pero las bombas de grueso calibre caían en menor cantidad, lo que indicó que se estaba concluyendo entre los franceses esa clase de proyectiles. El general Comonfort escribió al jefe de la plaza, expresándole cuán penoso le era no haber introducido á Puebla, según deseaba, las municiones de boca, y lo mortificado que estaba por haber fracasado también el proyecto del general Rivera; concluía excitando al Sr. G. Ortega á que tomara los viveres y dinero que hubiera en Puebla, aunque fuesen de propiedad particular.

El ejército del Centro prestaba el interesante servicio de evitar el paso é impedir cualquiera operación que se intentara sobre la capital de la República, residencia de los poderes de la Nación, centro de todos los recursos y base importante de las operaciones militares; la capital, casi desmantelada y sin una fuerte guarnición, tenía imprescindible necesidad de que el ejército del Centro no se alejara de la línea que ocupaba en aquellos momentos; pero se le exigía á Comonfort que se moviera, que auxiliara á Puebla sin que se hubieran reunido en la capital tropas bastantes para que por sí sola pudiese resistir cualquier ataque; se le instaba para que tomara la iniciativa, se acercara más á Puebla é intentara un golpe sobre el campo francés, auxiliando con la introducción de viveres á los defensores de la plaza sitiada. Esto vulgarmente no se creía muy difícil, pues que el general O'Horán había rompido la línea enemiga arrollando al regimiento 81º de línea, y porque el general Echeagaray había atacado por el rumbo de Atlixco un convoy de viveres que fuerzas francesas conducían para Cholula. La carencia de dinero venía á ser una de las mayores dificultades de la situación. El 28 de Abril se imponía en la capital otra contribución de uno por ciento sobre todo capital que



*General Jesus Gonzalez Ortega.*

Venció á la reacción en Calpulalpam; combatió la Intervención y el Imperio; mandó en jefe en el sitio de Puebla de Marzo á Mayo de 1863— y se opuso á la prórroga presidencial del Sr. Juárez.